

temiendo que por haber intentado cazar gangas, no me enviase á cazar grillos, me salí del aposento, temblando de miedo, sin amo, sin dinero y sin haber cenado, porque lo poco que había acaudalado en ser cajero de aquella tesorería lo había gastado con mi valiente de mentira.

Viéndome que ya era irremediable lo hecho y que había sido ventura haber hallado tan buena salida, habiéndome cogido las manos en la masa, me fui á la posada de mi amigo, al cual hallé con una cara de deudor ejecutado. Contéle el despedimiento del cuerpo y el alma; y después de mas de media hora de paseo dando mas bufidos que un toro y echando mas tacos que un artillero, vino á parar toda la tormenta en mandarme azainadamente que pidiese de cenar á la patrona. Yo le dije: En cuanto á pedirlo, yo lo haría con todas veras; pero que en cuanto á la paga, había salido de casa de mi amo como niño de doctrina, abofeteado y sin blanca. El me respondió: Pues cuerpo de tal con él, ya que no tuvo ánimo de cargar con un talego, ha de dejar por la cena empeñado el ferreruero, que no me he yo de acostar haciendo cruces por sus ojos bellidos, habiendo hecho por él lo que yo he hecho, arriesgándome, como me he arriesgado, no debiéndole ninguna amistad ni teniéndole obligación ninguna, que si me ha dado algunos reales, mas he hecho yo en pedirselos que él en dárme los. Y yo sé que si me conociera, que me ayunara, y que ya hubiera hecho cubrir, no solamente una tabla, sino mas tablones que hubo en el templo de Salomon; que presumo que debe de ignorar que por mí se hizo la jácara de Zampuzado en un banasto. Fué tanta la risa que me dió el ver su modo de hablar y su crudeza, que le obligué á que pensase que hacía burla de él; por lo cual, dejando caer el ferreruero y habiéndome hecho conde de Puñonostro, arrancó la tizona, quizá por haberle yo negado la colada; pero como no he sido nada lerdo ni perezoso en tales apreturas, tomé tierra del rey, y con presteza á la calle, y entrándome en casa del cardenal Doria, arzobispo de Palermo, mi bravo se quedó plantado de firme á firme, tirando ángulos corvos y obtusos á la puerta de la posada.

Hallé á la entrada de la del palacio al cocinero mayor ó de servilleta ó manteles de su eminencia, que se llamaba maestre Diego, y viéndome entrar tan presuroso y alborotado, me preguntó que qué era lo que traía. Yo respondí que un puñetazo junto al ojo y cien libras de miedo, porque me habían cogido entre dos para quitarme el ferreruero, y que me había dado tan buena maña, que me había librado de ellos, los cuales me habían venido siguiendo hasta haberme valido de aquel sagrado.

Quiso ser curioso y saber de dónde era, y cómo me llamaba, y si tenía padre ó amo, ó si era venturero. Satisfícele á sus preguntas, y recibíome por su pícaro de cocina, que es punto menos que mochillero, y punto mas que mandil. No me descontentó el cargo que me había dado, porque sabía, por experiencia de la embarcación, que es oficio graso, y ya que no honroso, pro-

vechoso. Regalábase mi amo á costa ajena, que es gran cosa comer de mogollon y raspar á lo morlaco. Tenían cada día pendencias él y el veedor, y á la noche sucedía con ambos aquello de en la caballeriza yo y el potro nos pedimos perdón el uno al otro. Yo llevaba, al tiempo que el reloj echa todo su resto, la comida de raspatoria á casa de mi amo, y á las tres de la tarde las sobras, resultas y remanentes y percances, con ayuda del jifero, al baratillo de la ropa vieja y usada; y lo restante del día me ocupaba en hacer burro de noria á un volteador asador, donde estaba cuatro horas como caballo del acerado, boca abajo y sin comer. Hacia de día entierros de leños y carbones, y á la noche sacaba los tales muertos á que fuesen refrigerio de vivos. Hiciéronme al cabo de cinco semanas, en premio de mis servicios, barrendero menor de la escalera abajo, que de esta suerte avanza quien sabe tan bien servir, y con tanta satisfacción de sus oficiales. Salí al nuevo oficio descalzo, desnudo y tiznado, con tener de mi parte los cardenales, de que era el uno á quien servía, y el otro el que me hizo el rebosado valiente, y ayunaba al traspaso.

Quiso mi favorable estrella que los criados de casa estudiaron la comedia de los Benavides, para hacerla á los años de su eminencia, y á mí por ser muchacho, ó quizá por saber que era chozno del conde Fernán Gonzalez, me dieron el papel del niño rey de Leon. Estudiéle, haciéndole al que se hizo autor de ella que me diese cada día media libra de pasas y un par de naranjas, para hacer colación ligera con las unas, y esfregarme la frente al cuarto del alba con las cáscaras de las otras; porque de otra manera no saldría con mi estudio, aunque no era mas de media columna, por ser flaco de memoria; y esto que había visto hacer á Cintor y á Arias, cuando estaban en la compañía de Amarilis. Creyólo tan de veras, que me hizo andar de allí adelante, mientras duraron los ensayos, todos los días, y estudiando todas las noches, mascando pasas y todas las mañanas atragantando cascos de naranjas y haciendo fregaciones de frente. Llegó el día de la representación; hízose un suntuoso teatro en una de las mayores salas del palacio; pusieron á la parte del vestuario una selva de ramos, adonde yo había de fingir estar durmiendo cuando llegasen los moros á cautivar me. Convidó el Cardenal mi señor á muchos príncipes y damas de aquella corte; pusieronse mis representantes de aldeas muchas galas de fiesta de Corpus, adornáronse de muchas plumas, y en efecto el palacio era un florido abril. Pusieronme un vestido de paño fino con muchos pasamanos y botones de plata y con muy costosos cabos; que fué lo mismo que ponerme alas para que volase y me fuese. Yo, aprovechándome del comun vocablo del juego del ajedrez, por no volverme á ver en paños menores, le dije á mi sayo: jaque de aquí. Empezóse nuestra comedia á las tres de la tarde, teniendo por auditorio todo lo purpúreo y brillante de aquella ciudad. Andaba tan alerta el autor sin título, por haber él alquilado mi vestido y héchose cargo de él, que no me perdía de vista. Llegó el paso en que yo salía á caza, y fatigado

del sueño me había de recostar en aquella arboleda; y después de haber representado algunos versos y apartándose de mí los que me habían salido acompañando, me entré á reposar en aquel acopado y florido dosel, adonde no se pudo decir por mí que me dormí con la purga, pues aun no había entrado en él, cuando siguiendo una carrera que hacia la enramada, me dejé descolgar del tablado, y por debajo de él llegué á la puerta de la sala, y diciendo á los que la tenían ocupada hagan plaza, que voy á mudar de vestido, me dejaron todos pasar, y menudeando escalones y allanando calles, llegué á la lengua del agua, y desde ella á la sombra de la mar. Informáronme otra vez que di la vuelta á esta corte que salieron en esta ocasión al tablado media docena de moros bautizados, hartos de lonjas de tocino y de frascos de vino; y llegando á la arboleda á hacer su presa, por pensar que yo estaba allí, dijo el uno de ellos en alta voz: ¡Ah niño, rey de los cristianos! A lo cual había yo de responder, pensando que eran criados míos: ¿Es hora de caminar? Y como ya iba caminando mas de lo que requería el paso, no por el temor del cautiverio, sino por miedo del despojo del vestido, mal podía hacer mi papel ni acudir á responder á los moros estando una milla de allí, concertándome con los cristianos, aunque no lo hice muy mal, pues salí con lo que intenté. Viendo el apuntador que no respondía, soplabá por detrás á grande prisa, pensando que se me habían olvidado los pies; y á buen seguro que no se me habían quedado en la posada, pues con ellos hice peñas y Juan danzante. Viendo los moros tanta tardanza, pensando que el sueño que había de ser fingido lo había hecho verdadero, entraron en la enramada, y ni hallaron rey ni roque. Quedaron todos suspensos, paró la comedia, empezaron unos á darme voces, y otros á enviarme á buscar, quedando el guardian de mi persona y vestido medio desesperado, y ofreciendo misas á san Antonio de Padua y á las ánimas del purgatorio. Contáronle mi fuga al Cardenal, el cual respondió que había hecho muy bien en haberme huido de enemigos de la fe, y no haberles dado lugar á que me hiciesen prisionero; que sin duda me había vuelto á Leon, pues era mi corte, y que desde allí mandaría restituir el vestido; y que en el ínterin él pagaría el valor de él, y que así no tratasen de seguirme, porque no quería dar disgusto á una persona real, y mas en días de sus años. Mandó que le leyesen mi papel y que acabasen la comedia; lo cual se hizo con mucho gusto de todos los oyentes, y alegre el autor de ella por tener tan buen fiador.

CAPITULO III.

Adonde se declara el viaje que hizo á Roma; lo que le sucedió en ella, estando por aprendiz de cirujano. Cómo se volvió á huir tercera vez; entró á servir de platicante y enfermero en el hospital de Santiago de Nápoles, y cómo se salió de él por pasar á Lombardia con puesto de abanderado.

Aquella tarde iba tan en popa mi fortuna, que todo me sucedía á medida del deseo, pues así que llegué á la marina, oí dar voces á un marinero, diciendo: *A Na-*

poli, a Napoli. Preguntéle que cuándo se había de partir. Respondíome que ya estaba la faluca echada á la mar, y que solo aguardaba al patron, que había entrado en la ciudad á sacar licencia para ello. Estando en esta plática, llegó el dicho patron, con quien me concerté con brevedad, en virtud de una lucha que había hecho de lo mas alzado de la cocina, que sería de hasta cuarenta reales; y embarcándome con él en una barquilla, volviendo por instantes la cabeza atrás, llegamos á la faluca y echamos todo el trapo, y al cabo de seis días me hallé en Nápoles. Me fui aquella noche fuera de la puerta Capuana, y al amanecer tomé el camino de Roma, donde sin acacermé de qué poder hacer mencion, llegué una mañana á una puerta de sus antiguos muros, y habiendo entrado en ella y considerando en el traje honrado que llevaba y la afabilidad de mi padre, me fui derecho á su casa, adonde fui muy bien recibido, haciendo muy al vivo el paso y ceremonias del hijo pródigo. Preguntóme mi padre que dónde había asistido el tiempo que había faltado de sus ojos. Hícele creer que había estado en Liorna sirviendo de paje á don Pedro de Medicis, gobernador de aquella plaza, y que me había venido con su gusto, por solo verle á él y á mis hermanas y por tirarme el amor de la patria. Hizo que me regalasen, y no poniendo en olvido mi buenas costumbres y habilidades, me dijo que se holgaba mucho de mi venida, pero que aquella misma tarde me había de buscar quien me enseñase oficio, aunque le costara cualquier cantidad, porque no quería que durmiese en su casa ni que estuviere en el contorno de ella; y que pues había tenido tan buenos principios en el de barbero y sabía levantar tan bien un bigote, que quería que prosiguiese con él; y que mirase que no fuera tan solícito en cobrar libranzas é irme con ellas, como había hecho con su amigo Bernardo Vadia; que ya aquella estaba pagada, pero que si proseguía en mis travesuras, que no lo tuviese por mi padre, sino por mi enemigo capital. Comí al galope, por temer que me pudiese en la calle antes de acabar, y con el bocado en la boca, por no faltar á su palabra, como al fin hijodalgo, me llevó á la barbería de un maestro catalán, que se llamaba Jusepe Casanova. Habló con él, y hallólo muy duro y muy léjos de recibirme, por estar informado de mi mala opinión y poca estabilidad. Salí mi padre por fiador de cualquiera desacierto que yo hiciese en el tiempo que estuviere en su casa, y le prometió pagar cien ducados si dentro de un año le hiciese falta de ella; pero que si asistiese y cumpliese el plazo, que él me había de dar á mí veinte para que hiciese un vestido. El maestro, contentándole el partido, y que tenía por cosa segura el irme yo y el cobrar él tan buena cantidad, vino en las condiciones, y haciendo de ellas escritura por ante notario, yo quedé á ser aprendiz, y mi padre se arrepintió del contrato al cabo de tres meses, que fué el tiempo que estuve en aquella tienda, ignorando mas cada día que aprendiendo.

Tratóme este maestro con mas respeto que el primero, pues el otro me enseñaba á lavar pañales, y este á